

Sábado 27 de marzo de 2010, por la tarde.  
Casa familiar de los Estellés.  
Ciudadela, Menorca.

Tina deshizo la última maleta y dispuso el contenido en el armario de su habitación. Quería dejar de sonreír, pero no podía. Desde que había pisado la isla, los



músculos de su cara estaban empeñados en no permitirle ponerse seria. Otro tanto le sucedía a su músculo cardíaco que parecía enloquecer cada vez que la imagen de la sonrisa más bonita del mundo regresaba a su mente. Algo que sucedía constantemente.

Marcharse del restaurante le había costado una buena dosis de autodisciplina. Una parte de ella se habría quedado allí para los restos, viéndolo trabajar. Regodeándose en las vistas. Disfrutando de compartir, por una vez, el mismo espacio. Pero

era consciente de que si permanecía allí, soportando un minuto más las miradas incendiarias que Pau le lanzaba mientras atendía la llamada de negocios de turno, los dos morirían por combustión espontánea. Él siempre le había inspirado los sueños más húmedos, mucho antes de estar tan desesperadamente enamorada de él. El amor y el deseo habían demostrado ser un cóctel peligroso, especialmente ahora que sabía que él sentía lo mismo. Y que estaba allí, al alcance de su mano...

Las miradas pícaras del sector femenino de la familia no habían cesado en ningún momento. Buscaban confirmar de alguna manera la existencia de un romance entre ella y el único hijo varón de Francesc Estellés y no les perdían pisada a ninguno de los dos.

Había empezado a sentirse agobiada. Además, necesitaba un rato lejos de miradas curiosas para dar rienda suelta a su propia emoción. De modo que en cuanto vio la ocasión, no dudó en quitarse de en medio con la excusa de acompañar a su padre y a la esposa de este hasta el apartamento que habían alquilado en Cala Morell, para que deshicieran el equipaje y descansaran un rato antes de comenzar con la ruta turística vespertina. Pero su intento de huída hacia la tranquilidad había durado lo que un suspiro ya que Dylan se ofreció de inmediato a hacer de taxista. "Tú quédate con Andy, así os ponéis al día a gusto,

que yo me ocupo de tu padre y de Lorraine. Tengo que pasar por casa, así que no me cuesta nada llevarlos”, le había dicho.

No pudo negarse.

Una vez en la casa familiar, Andy no había dejado de abrazarla a cada rato y de darle conversación. En su caso, además de expresar su alegría, buscaba confirmar algo que no estaba relacionado con su situación sentimental, que ya conocía, sino con los negocios. Concretamente con un negocio en particular; ser socias en el gimnasio que abriría sus puertas en apenas dos semanas.

Ella también estaba feliz de volver a pasar tiempo con Andy, pero no deseaba hablar de ese asunto. No deseaba anticipar acontecimientos. Para evitarlo, había recurrido a una estrategia que siempre le funcionaba; desviar su atención hacia el tema de conversación favorito de su amiga: Dylan Mitchell.

Y... ¡Bingo! Una simple pregunta acerca del estado de su relación con el irlandés había dado lugar a una cháchara ilusionada que había durado un buen rato. Andy se había explayado a gusto contándole cómo había cambiado su vida desde que él se instalara definitivamente en la isla, hacía dos meses. Decía que se había convertido en un apoyo constante para todo y su implicación en las obras del gimnasio había sido tal, que dudaba que de otra forma se acabaran a tiempo para la inauguración. Y si su permanente sonrisa durante toda la narración no hubiera sido suficiente prueba del gran momento que vivía, su frase final se había ocupado de rubricarlo.

—A ver si mañana que Dylan ha quedado con un cliente, te llevo a su casa. Tengo que mostrarte algo —le había dicho, rezumando ilusión por los cuatro costados.

—¿Algo maravilloso?

—¡Algo *alu-ci-nante* que me tiene flotando entre nubes! —había sido su respuesta categórica.

Un instante después, el fabricante de maravillas tocaba el timbre y la pareja ponía rumbo al gimnasio para supervisar las obras, dejándola al fin sola con sus excitantes pensamientos. Libre de soñar despierta mientras acababa de acomodar su ropa en el armario.

*Dios, entre la alegría de volver a ver a Pau y el subidón del rato que habían pasado juntos en ese almacén...*

Una oleada de calor envolvió a Tina, arrancándole un suspiro. De buena gana, regresaría a aquel rincón, cerraría la puerta y se tragaría la llave. Como eso, lamentablemente no era una opción, tocaba salir a quemar calorías a la voz de ya.

\* \* \* \* \*

Más tarde...

Pau echó un vistazo al reloj y apuró el paso. Con un poco de suerte, podría disfrutar de Tina una hora completa antes de regresar al restaurante para el turno de cenas. Con muchísima suerte, los demás se habrían ido de paseo, y podrían estar a solas. Un milagro mediante, ella se avendría a un poco de intimidad en algún rincón alejado de la casa. El

menorquín exhaló un suspiro cargado de ansiedad y, a pesar de que tenía llaves, en otro gesto respetuoso con el que confiaba anotar una docena de tantos a su ya de por sí victorioso marcador, tocó el timbre.

Quien le abrió fue Roser que llevaba a Luz en brazos y lo recibió con una frase lapidaria.

—¿Puedo saber por qué tocas el timbre si, como todos los miembros de esta familia, tienes tus propias llaves?

La pregunta quedó en el aire cuando la mujer regresó sobre sus pasos, dejando la puerta abierta y a su hermano en el umbral con la palabra en la boca.

Pau sacudió la cabeza ante su desgraciada suerte. Cuando llegó al patio, su hermana ya había desaparecido por la puerta del salón. En cambio, Tina estaba allí con cara de estar a un tris de explotar en carcajadas. Estaba claro que lo había oído todo y como lo conocía bastante bien, había adivinado su jugada.

Él claudicó y acabó sonriendo.

Tina había aprendido a entender los mecanismos mentales de Pau, era cierto, pero tampoco le había supuesto mayor esfuerzo saber qué se proponía ya que, en su caso, habría hecho lo mismo. Le gustaba volver a comprobar lo bien que él jugaba sus cartas. Le gustaba tanto como verlo desplegar sus encantos; había ido a cambiarse. Cuando ella se había marchado del restaurante, vestía de otra forma.

Pau se quitó la cazadora exponiendo un moderno jersey de rayas azul marino con cuello alto y cremallera que le quedaba espectacular, y unos vaqueros de diseño que, al igual que todo lo que se ponía, derrochaban elegancia. El cabello lucía ese aire de despeinado esmerado habitual en él, y su sonrisa, que no tenía parangón con ninguna otra que Tina hubiera visto jamás, conseguía el extraño efecto de dispararle el corazón y los sentidos al mismo tiempo. Era el único hombre del planeta capaz de producir tantas emociones en ella.

Consciente de la mirada femenina, Pau ladeó la cabeza y la miró con su sonrisa cautivadora en ristre.

—¿Te marchabas?

Un intenso cosquilleo recorrió la espalda de Tina que tomó asiento en un intento de frenar el proceso.

—Sí, he quedado con mi padre y su mujer, pero puedo concederte un par de minutos.

—Qué honrado me siento —replicó él con guasa.

En realidad, a falta de una hora, hasta dos segundos le habrían parecido bien. Cualquier cosa con tal de estar con ella.

Acercó el sillón de jardín frente al de Tina y se sentó. Tomó sus manos.

—Te juro que cada vez que te miro tengo que pellizcarme para convencerme de que eres tú y estás aquí... Me has dado la sorpresa de mi vida con este viaje. Gracias, princesa.

“Buen intento”, pensó ella. La sonrisa se agrandó cuando liberó sus manos y pronunció una única frase cargada de sentido:

—De nada.

Tras lo cual, sus ojos le señalaron la puerta del salón recordándole que no se hallaban a solas.

—¿No voy a poder ni agarrarte la mano en esta casa? —murmuró él, riéndose suavemente.

—¿Tú se los has dicho? —El gesto de la entrenadora, señalándolo y señalándose, aclaró a qué se refería—. Porque yo no, y mientras no haya anuncio oficial...

Pau completó la frase de Tina mentalmente; "tendrás que aguantarte". Bromas aparte, sabía que aunque ella hubiera usado el plural, no eran los Estellés en general quienes le preocupaban, sino una en particular; Alba Estellés. Y tenía toda la razón. No podía permitir que la pequeña dedujera que eran pareja por la vía de verlos acaramelados. Debía hablar con Alba, averiguar qué acogida tenía la idea de que su padre mantuviera una relación con otra mujer que no era su madre. Preparar el terreno. Dios, se moría por cantarlo a los cuatro vientos... Pero, en efecto, no debía.

Lo cual no evitaría que intentara sacar algún provecho al momento.

—Venga ya, Tina, ¿ni la mano cuando nadie nos ve?

—Es que nunca te conformas con la mano...

Los dos empezaron a reír.

—Y qué hay de ti, ¿eh?

—¡Menos que tú! —concedió ella, su rostro radiante de felicidad—. Así que nada de roces y, por supuesto, nada de sexo entre estas cuatro paredes.

"Milagros, cero", pensó Pau con creciente desesperación.

—Vaya, y yo que me había hecho ilusiones...

Tina lo miró con una ceja enarcada.

—Pues qué pena. En esta casa, no. Y en la tuya tampoco. Hoteles, diría que descartados también... —ante la cara de desesperación del menorquín, ella sonrió—. Algún problema tenía que tener ser el empresario más importante del lugar, ¿no te parece?

Pau se cubrió la cara con las manos, ahora sí, genuinamente desesperado.

—Tenemos un serio problema, entrenadora. ¿Te das cuenta?

Tina asintió varias veces con la cabeza. No sería sencillo disfrutar de estar juntos como una pareja normal. No en esa isla. No siendo él quién era.

—No te preocupes, seguro que lo resuelves con rapidez. Eres un tipo muy listo.

Los dos se miraron sonrientes. Más allá de sus permanentes juegos, incluso de la apremiante necesidad que los embargaba, estaban felices de poder pasar tiempo juntos.

—Te comería a besos... Te... —Pau no completó la frase. En cambio, exhaló un significativo suspiro y sonrió—: Gracias por venir. Me has salvado de la locura...

—¿Tú crees? Yo creo que te he metido de cabeza en otra mucho más loca y más descontrolada... —Lo miró con los ojos cargados de ilusión—. Pero es una locura genial, ¿no?

Pau asintió. El impulso volvió a ser el de siempre; necesitaba el contacto físico casi tanto como el aire que respiraba y sabía que era cuestión de tiempo que la necesidad se tornara insoportable y entonces...

Descartó el pensamiento al instante.

No quería pensar en lo que sucedería cuando ella regresara a Londres y volvieran a estar a cientos de kilómetros uno del otro.

—Hay que admitir que tiene su morbo eso de morirnos por tocarnos y tener que esperar horas para hacerlo —dejó caer él. Francamente, no se sentía capaz de soportar semejante calvario mucho más. Ni creía que ella lo fuera.

Tina se puso cómoda en el sillón, observándolo. El lenguaje corporal de Pau y su tono de voz eran tan normales como si hablara del tiempo, pero sus ojos... Esos enormes y preciosos ojos chisporroteaban, cargados de algo muy diferente. Muy intenso.

—¿Tú crees que nos hace falta ponerle morbo al tema?

La mirada masculina recorrió el escote de Tina, subiendo temperatura cada milímetro que avanzaba.

—¿Tú crees que existe algo como “demasiado morbo”, preciosa?

Para sorpresa del menorquín, ella se puso de pie con decisión. Se estiró su entallado vestido estilo vaquero y cogió el abrigo a juego del respaldo del sillón. La familiar ola de calor que se presentaba a cada rato desde que había puesto un pie en la isla había vuelto a hacer acto de presencia, y aquel no era el lugar indicado para dejarse llevar.

—Lo que creo es que los dos minutos han acabado —dijo—. Me marchó.

Después de asegurarse de que nadie la veía, le arrojó un beso con los labios y se dirigió a la salida.

Él se levantó del sillón como impulsado por un resorte.

—Eh, eh, eh... Espera un momento.

Tina volvió la cabeza. Lo miró por encima del hombro con expresión diabólica.

—Qué alivio... —repuso—. Empezaba a preocuparme que te hubieras rendido tan pronto. —Acto seguido, le indicó con un dedo que se acercara.

Algo que él no se hizo repetir.

Cuando estuvieron en el pasillo que conducía a la calle, Tina fue directa a por sus besos. Pau se deshizo en un suspiro de alivio.

—Ay, preciosa, al fin... ¿Sabes? Me voy a volver loco hasta la noche...

—*Shhhh...* —murmuró ella pegándose más a él—. Calla, y bésame.

© 2018. Patricia Sutherland.

*Momentos Especiales. Pau & Tina.*

[www.jeraromance.com](http://www.jeraromance.com)